

RESEÑAS

MAX HERNANDEZ, *Memoria del bien perdido. Conflicto, identidad y nostalgia en el Inca Garcilaso de la Vega*. Lima: IEP/Biblioteca Peruana de Psicoanálisis, 1993, 236 pp.

Max Hernández se propone “dar cuenta de una indagación psicoanalítica acerca de la vida y la obra del Inca Garcilaso de la Vega” (17). El autor ingresa en un complejo círculo vicioso metodológico al explicar la obra a través de la vida y la vida a través de la obra. Un importante sector de su trabajo está dirigido a estudiar ciertos aspectos de los *Comentarios Reales* en el contexto de los antecedentes biográficos. Parte de su análisis se rige por la búsqueda en la vida de una génesis de rasgos característicos en la obra del Inca. Aunque éste no es su propósito principal, sí posee un valor relevante en la exposición de Hernández.

La indagación se aplica a la experiencia vital del escritor y a sus intenciones conscientes e inconscientes. Es así como se observa en Hernández, en tanto intérprete, la utilización de criterios típicos del género autobiográfico. Si entendemos por autobiografía la unidad de una vida a través del tiempo, basada en la idea que tiene de sí mismo en el presente el sujeto autobiógrafo, reconoceremos en éste la tendencia a imponer una estructura de significados a su pasado, sustentándose en el presente. Es desde dicho presente de donde el autobiógrafo ve su vida como un conjunto unitario (Whitenack, p. 5). Esta noción de unidad de vida es la que gobierna la selección de hechos que el autobiógrafo consignará. Resulta, entonces, que “es el presente narrativo el que controla el futuro del pasado narrativo” (Whitenack, p. 36). Tal presente viene a ser la consecuencia de una “serie de hechos anticipatorios” (Ibid.). La

evolución última pone en claro el sentido de las acciones y de las obras pasadas. Se trata de una visión retrospectiva, con un punto de vista unitario y final. La visión retrospectiva pretende introducir un principio teleológico donde, en realidad, no hay ni finalidad ni unidad, sino azar y fragmentación.

Como lector del texto y de la vida de Garcilaso, Hernández adopta una perspectiva similar a la de un autobiógrafo al diferenciar, seleccionar y puntuar los acontecimientos del pasado desde el punto de vista del presente articulado como obra (cabe anotar que el mismo procedimiento se aplica en el plano histórico al trasponer categorías de la problemática del presente al pasado colonial y viceversa, en un proceso de presuposición lógica circular).

Max Hernández utiliza la categoría historicista de causalidad genética para ordenar sus hallazgos bajo el ángulo de un estado presente (el texto, la obra). Sus explicaciones tienden a ser retrospectivas: la obra-presente genera las huellas en el pasado y dirige la indagación que se hace sobre ellas.

Hernández informa acerca de los objetivos del estudio de manera explícita: “este intento de lectura analítica trata de captar la estructura matriz que ordena y distribuye el texto del Inca” (24). Con lo cual define su punto de vista teleológico y retrospectivo con relación al texto.

De otro, lado, el analista señala una voluntad intencional en la obra de Garcilaso:

“Se puede decir que asumió la representación de las posibilidades intelectuales de la América hispana e indígena. Signado por la fatalidad de sus circunstancias fue un traductor nato. Logró adueñarse de su destino: conquistó la escritura de quienes habían llegado a la tierra en que nació como extranjeros, para a través de ella, dar al mundo entero una visión del Tawantinsuyu cercana al corazón de los Incas y una historia de la conquista que reivindicaba para los aventureros españoles el lugar que las razones de estado les habían arrebatado. Al anudar ambas herencias propuso, también, una utopía para aquel Nuevo Mundo del que se sintió representante” (23).

En el campo de lo intencional el autor indica la presencia de antecedentes vitales en el proyecto significativo del Inca: “Garcilaso iba a escribir en su madurez la conflictiva historia de su mundo, que en cierto modo era su propia historia” (29).

El capítulo II del libro está consagrado a investigar en el período infantil de Garcilaso la presencia de elementos que den razón de factores vitales y

factores textuales: “en el presente capítulo intentamos obtener algunas claves establecidas desde la infancia de nuestro autor que pueden ayudarnos a descifrar algunos aspectos centrales de su vida y su obra” (46).

Tomando en consideración la intencionalidad en Garcilaso de establecer mediante su obra una comunicación entre los dos mundos, andino e hispánico, en conflicto durante la colonia, Hernández encuentra motivaciones del caso en la etapa que corresponde a la infancia del escritor. De tal manera se establece una vinculación de origen entre infancia y texto: “en la experiencia misma del niño, sentimos de inmediato en sus balbuceos la urgencia que lo llevó a actuar como mediador en un diálogo imposible. Imposible pero obligatorio, pues sin tal diálogo el niño mestizo no podía sobrevivir” (58).

Se atribuye al problema supuesto de la “exposición traumática a la escena primaria” (según la terminología psicoanalítica) el desarrollo de las “habilidades para la observación y la descripción” en Garcilaso. Estas habilidades se proyectan como componentes típicos de la manera de escribir en el Inca:

“Kohut pone el énfasis sobre los peligros que entraña la sobreestimulación propia de una exposición traumática a la escena primaria. De acuerdo con su interpretación, la única manera que tiene el sujeto de salir airoso de los peligros que lo acechan consiste en asumir una postura pasiva y distante. Tal estrategia, o tal reacción defensiva, implica una renuncia al deseo de participar en la escena. Tal vez ese fue el proceso mediante el cual el joven Gómez Suárez de Figueroa fue tomando una actitud que subsecuentemente evolucionó hacia el desarrollo de especiales aptitudes y habilidades para la observación y la descripción. Posteriormente, al redactar sus libros, el escritor maduro haría gala de esos talentos en su obra” (70).

En determinadas tareas vinculadas a la escritura durante la juventud de Garcilaso en el Cusco, Hernández determina procesos de anticipación y de preparación para la escritura de la obra futura del Inca:

“Esta doble aproximación –a lo hispánico y a lo andino– también se hacía presente cuando actuaba como escribiente de su padre. Es de imaginar que se trataba de manejos administrativos y de asuntos referidos a propiedades y encomiendas. Esta actividad implicaba, necesariamente, una función de intermediación cultural. Como secretario de cartas y papeles de su padre, debía registrar los vaivenes, al fin y al cabo, letras españolas. Sin embargo, por ruegos hechos a través de su madre, también cotejaba las cuentas de los ‘curacas ajenos [...] porque como gente sospechosa, no se fiaban de los españoles’. [...] La práctica constante de este quehacer fomentó, seguramente, el desarrollo de su agudeza perceptiva y de su

atención al detalle. También, en otro plano, contribuía a ese equilibrio y ponderación que muestra su obra escrita” (81-82).

En el rechazo que en España se hace a la solicitud por los derechos paternos presentada por Garcilaso, lo que constituye una frustración que afecta al honor de éste, se reconoce un impulso que influye en su obra:

“Una de las opciones que se abren al hombre que sufre una huída narcisista es la de replegarse sobre sí y volverse observador” (103).

La capacidad de observación en el escritor cusqueño es una característica que el analista suele tomar en cuenta para su exposición, como puede verse en el caso ya mencionado de la “escena primaria”.

El duelo por la muerte del padre de Garcilaso tendrá gravitación específica en la actividad creativa del Inca:

“Creemos que queda claro que la respuesta a la pérdida de seres queridos, procesada dentro de la particular urdimbre psicológica de nuestro personaje, daba lugar a una especial forma de tramitar los procesos asociados con el duelo. Esta consistía de una reafirmación del vínculo por vía de la identificación, una aceptación de los designios que el objeto amado perdido tenía para él y *last not least* una eclosión creativa, expresada en acciones, o, luego de una maduración, ya lo veremos, a través de la escritura” (122).

El autor asigna una importancia singular a la traducción de *Diálogos de amor* de León Hebreo, como medio de preparación para la propia obra futura del Inca. Hernández imagina como producto de un proceso evolutivo de desarrollo el logro de la pericia en la escritura de Garcilaso: “la empresa de traducción servirá al ex soldado como taller de adiestramiento para empresas de mayor aliento” (127). Además, observa que esta traducción trajo otras ventajas al Inca dentro del campo creativo:

“El sistema de representaciones que proveen los *Diálogos* podrá posibilitar en Garcilaso de la Vega una relectura de sus circunstancias, habrá de permitirle una reformulación de su visión del mundo y de su vida y habrá de facilitarle su paso definitivo al ejercicio de las actividades del intelecto. [...] Además, la actividad misma de la traducción, le servirá de fundamento a su futura práctica lingüística y de modelo para la organización discursiva de sus recuerdos” (127).

La traducción del libro de León Hebreo la ve Hernández como anticipación del proyecto del Inca de situarse como intérprete y traductor del mundo indígena. Siguiendo a Susana Jákfalvi-Leiva, afirma que:

“Es a partir de este momento que va a poder pergeñar un vasto y ambicioso proyecto: recuperar su pasado, hacer valer la cultura originaria de su tierra, recoger las voces de los vencidos ahogadas por el estruendo de la guerra, servir de intérprete a un nuevo mundo” (128).

Igualmente, Hernández adhiere a la difundida tesis de la influencia del neoplatonismo de León Hebreo en la visión del mundo de los *Comentarios Reales* :

“Compenetrado con la visión neoplatónica de León Hebreo, Garcilaso podía iniciar una nueva lectura de la historia de su tierra que incluyera la violencia de la conquista dentro de una perspectiva de civilización y evangelización. Las reverberaciones de la posesión forzada de tierras, mujeres y riqueza podrían ser mitigadas al conjuro del amor” (129).

Posteriormente, opina que “León Hebreo y sus *Diálogos* constituyeron para Garcilaso, en su estancia en Montilla, el objeto subjetivo que necesitaba para poderse preparar para acometer posteriormente los grandes temas de su identidad cultural” (130).

La concepción del aprendizaje progresivo de la escritura en Garcilaso se reafirma en Hernández cuando reconsidera las diversas etapas de la experiencia intelectual del cronista: “Garcilaso fue adquiriendo lenta y laboriosamente las herramientas de su oficio” (135).

Un nuevo nivel en el desarrollo de Garcilaso como escritor es apreciado por Hernández en el caso de *La Florida*. Esta vez, se asocia la perspicacia histórica del autor con su manejo de una lengua literaria, rica en digresiones y en recursos narrativos y estilísticos (139): “El Inca Garcilaso, escritor, lector y traductor había devenido en escritor” (143-144).

La adopción del mestizaje, indicada por el último nombre que Garcilaso se asigna en España, es interpretada como la resolución de un problema que impedía la tarea de escribir acerca de su propio mundo:

“La traducción de los *Diálogos de amor* de León Hebreo, al *re suscitar* los recuerdos de los objetos ligados a las vivencias de su infancia le permitió *resucitar* los imagos parentales, es decir, devolverles la animación que había sido suspendida. Como resultado de esta dinámica el capitán indiano, Garcilaso, pudo hacer suyo su nombre: mestizo en lo genérico y en lo personal, Garcilaso Inca de la Vega. La traducción le había proporcionado un primer espacio para la elaboración de su conflictiva individualidad mestiza. A partir de entonces pudo escribir” (185-186).

Para Hernández, el mestizaje constituye el gran “nicho” dentro del cual la obra del Inca se hallaría dispuesta. El crítico asume el siguiente proceso: el mestizaje como condición personal se traslada a la obra y, a su vez, ésta explica la problemática del mestizaje del autor. Debemos tomar en cuenta que el mestizaje es un prejuicio sociocultural que busca la descalificación del sujeto involucrado. No es una categoría biológica. Su utilización radica en el propósito de naturalizar las diferencias sociales. Es importante, sobre todo, para la conservación de privilegios entre los grupos dominantes y sus descendientes. Este prejuicio tiene un marco histórico y un marco espacial. Lo espacial tiene que ver con diferencias de cultura en una situación sincrónica. En el asunto del mestizaje intervienen en la crítica consideraciones esquemáticas que dividen al individuo en mitades o secciones simétricas. Pero la persona es una. No caben las escisiones hechas por la crítica. El contexto cultural puede inducir en el sujeto la imagen de una división en su persona, pero este es un mecanismo puramente ideológico.

Un tema correlativo se halla en el rango que la crítica asigna al individuo como unidad y totalidad, frente a las tesis de la desintegración del sujeto. En particular, estas tesis son propicias al prejuicio teórico del “mestizaje”. La desintegración del sujeto asumida en un buen sector de la teoría crítica contemporánea se acomoda al prejuicio étnico del “mestizaje”, y como se acomoda o adapta, se la aplica. Es lo que hace Hernández con Garcilaso. Su investigación parte, en este campo, de un concepto falso. La única opción válida estaría en la búsqueda dentro del texto de la supuesta desintegración conflictiva del sujeto.

De acuerdo con lo expuesto, observamos que Hernández da por sentado que la condición de escritor se explica genéticamente por la experiencia vital. El analista cree reconocer anticipaciones, preparaciones, justificaciones, explicaciones, motivaciones, intenciones potenciales, etc. Dado que su visión se construye retrospectivamente, Hernández parte de los textos para buscar antecedentes en el pasado. Una objeción que surge aquí, entre otras, radica en que la observación específica que se lleva a cabo sobre el texto puede ser incorrecta o subjetiva y, sin embargo, siempre es posible encontrar un supuesto origen a lo que se cree haber detectado en el texto. Es decir, que también lo que no existe posee un origen: a un no-efecto se le encuentra una causa que exigiría, consecuentemente, un efecto, el cual, en fin de cuentas, no existe en el texto.

Hay en funcionamiento un segundo prejuicio en la exposición de Hernández: la idea de que lo que es anterior temporalmente y espacialmente

es causa, origen, de lo que es posterior en los mismos términos de tiempo y de espacio. En el fondo, la exposición se sustenta en la impresión de motivación que genera la secuencia temporal de los hechos, especie de orden temporal narrativo que produce la apariencia de consecuencia lógica en la sucesión temporal y en la sucesión espacial.

Un difundido error de apreciación entre la crítica sobre Garcilaso de la Vega radica en considerar que los *Comentarios Reales* cancelan la otra producción del escritor. Sin embargo, aquellas obras poseen autonomía y validez en sí mismas, independientemente de si cumplen o no una función evolutiva con respecto a la elaboración de los *Comentarios*.

De otro lado, el concepto de evolución es un concepto biológico que inclusive en este campo resulta dudoso. En el terreno cultural, que corresponde a la escritura, habría que usar otro concepto que ilustre adecuadamente y sin connotaciones organicistas las ideas de cambio, permanencia, regresión, transformación, ruptura, salto, continuidad, discontinuidad, oposición, indiferencia, cancelación, dialéctica, no dialéctica, superposición, tensión, regeneración, reversión, espontaneidad, etc.

Northrop Frye (*Anatomy of criticism*, p. 351) postulaba que la literatura debía asumirse en sus propios términos y no en el contexto de su origen en la vida. La crónica de Garcilaso como texto que colinda con lo literario cabe dentro de esta consideración. Para J. Tinianov ("Sobre la evolución literaria", p. 98-100) el enfoque causalista de las visiones genéticas del texto a partir de la psicología del autor no es productivo, por cuanto lo fundamental en la creación del texto es el trabajo sobre la materia verbal, durante el cual el autor se somete a ésta bajo el principio de necesidad creativa. De forma similar, discutiendo la relación entre lo dado y lo creado en literatura, M. Bajtin describía el proceso creativo:

"Es mucho más fácil estudiar en lo creado lo dado (p. ej. la lengua, los elementos dados y generales de una visión del mundo, los fenómenos reflejados de la realidad, etc.) que lo creado en sí. A menudo todo el análisis científico se reduce al descubrimiento de todo lo dado, existente y preparado antes de la creación de una obra (todo aquello que un escritor aprovecha, pero no crea). Todo lo dado se recrea de nuevo dentro de lo creado, se transforma en él. La reducción a lo dado. El objeto está dado, están dados los recursos lingüísticos de la representación, también está el artista con su visión del mundo ya dada. Y he aquí que con los recursos dados un poeta refleja el objeto ya dado. En realidad, tanto el objeto de la creación como el poeta mismo y su visión del mundo, así como sus

medios de expresión, se están creando en el proceso de la producción de la obra". (*Estética de la creación verbal*, p. 312-313).

En conclusión, la línea expositiva seguida por Hernández, en lo concerniente a la explicación psicológica de componentes del texto de Garcilaso, se sostiene débilmente debido a la inconsistencia conceptual de sus premisas de relación entre autor, contexto histórico y obra.

Eduardo Hopkins Rodríguez
Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Pontificia Universidad Católica del Perú

BIBLIOGRAFIA

Bajtín, Mijail

1982 *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI.

Frye, Northrop

1973 *Anatomy of criticism*. Princeton: Princeton University Press.

Tinianov, Yuri

1970 "Sobre la evolución literaria": Todorov, Tzvetan, *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*. Buenos Aires: Ediciones Signos, p. 89-101.

Whitenack, Judith

1985 *The impenitent confession of Guzmán de Alfarache*. Madison: Hispanic Seminary of Medieval Studies.